

TORRES QUEIRUGA, ANDRÉS, *Repensar la revelación. La revelación divina en la realización humana* (Trotta, Madrid 2008), 574p., ISBN: 978-84-8164-946-8

Si todas las religiones conocidas tienen conciencia de no tener su origen en sí mismas, sino en la libérrima iniciativa divina, habrá que contar con el hecho de que todas se creen reveladas. La revelación —con independencia de que eso sea verdad o sea una ilusión— se muestra, pues, como una categoría central de la experiencia religiosa originaria de la que depende, asimismo, su fundamentación y su veracidad. Pero, ¿son todas las religiones verdaderas? ¿No será esa apelación universal a la revelación de Dios (o de los dioses) la coartada general que, justamente, impide un análisis racional y lógico del fundamento auténtico de las religiones del mundo? ¿No es la revelación —justo por provenir de lo sobrenatural— una intervención prodigiosa de Dios que trastoca el normal discurrir de la realidad suspendiendo por unos momentos la autonomía de la creación? ¿No será —vista ahora desde el propio sujeto— la aparición misteriosa del propio Dios o de un mensajero divino que comunica verdades inéditas que exigen cumplimiento y obediencia, aunque sean incomprensibles con la razón o sean, incluso, irracionales? ¿No están consignadas esas revelaciones en libros transmitidos y custodiados de generación en generación, puesto que reproducen con todo detalle y rigor la verdad absoluta y el camino de la salvación? ¿No es el cristianismo la única religión verdadera, fundada sobre la única revelación auténtica, que se encarna en la única Iglesia de Cristo, que posee y transmite los genuinos escritos revelados por Dios a unos elegidos hagiógrafos?

Con un vasto conocimiento de la tradición filosófica occidental, así como con un dominio amplísimo de la tradición teológica europea, y también americana, Andrés Torres Queiruga ha afrontado las cuestiones enunciadas —y muchas otras más— con una sólida competencia y una claridad inusitada en trabajos especializados de tan extenso volumen. No creo exagerado decir que este magnífico ensayo tiene que ser distinguido como un primer paso —desde el centro mismo de la teología fundamental— en el camino que está recorriendo la teología peninsular posterior al Concilio Vaticano II. Este camino va desde una concepción premoderna de la religión en todas sus categorías centrales, hacia una nueva idea y realidad de lo religioso, que, a mi modo de ver, sólo puede brotar en una nueva concepción teológica que conceptualice y posibilite, también, renovadas vivencias de lo divino.

La idea de que no hay hombre, ni mujer, ni lugar, ni tiempo, ni civilización o cultura dejados de la mano de Dios, puesto que Él se revela universal e incondicionalmente a su creación desde que el mundo es tal, constituye una de las intuiciones fundamentales que sostienen la bien trabada arquitectura de los nueve capítulos de este libro. El lector atento verá que esta nueva edición —magníficamente editada por Trotta— cuenta con un capítulo más que la original gallega de 1985, publicada en la editorial Galaxia. Efectivamente: el capítulo ocho desarrolla con detalle la cuestión de la relación entre el cristianismo y las otras religiones incorporando las intuiciones básicas de trabajos del propio autor, publicados con posterioridad a la primera edición del libro (inreligión, teocentrismo jesuánico, pluralismo asimétrico). Y también

incluye un interesantísimo estudio sobre la presencia de la revelación de Dios en ámbitos no propiamente religiosos e incluso antirreligiosos.

La categoría de mayéutica histórica —la otra de las ideas fundamentales que vertebran el estudio— sigue mostrando su perfecto equilibrio entre una dimensión subjetiva del acontecimiento revelador, que evite el «mero» inmanentismo de la revelación, y aquella dimensión objetiva de la misma, huyendo, por tanto, de cualquier tipo de extrinsecismo intervencionista que pueda pervertirla. La revelación, según Torres Queiruga, acontece haciendo caer en la cuenta de una realidad que, lejos de ser ajena a quien la recibe, consiste en su verdad más auténtica y profunda. Esta revelación, por transformar la subjetividad de quien la experimenta, no carece de la objetividad externa de la historia (*fides ex auditu*) que, no obstante, no la hace heterónoma, ni milagrosa.

La actualización de la numerosa bibliografía utilizada, la incorporación de referencias más extensas y detalladas a autores estudiados con posterioridad, así como —y sobre todo— la vigencia de las convicciones fundamentales y de las afirmaciones básicas de esta investigación, hacen de este libro un clásico actual y lo convierten, por lo tanto, en un estudio de referencia que conviene leer y releer con asiduidad. Los lectores encontrarán en él enfoques nuevos de cuestiones teológicas clásicas que, a mi modo de ver, aún no mostraron toda su potencialidad, de tan preñadas de futuro como están.

La reciente aparición, pues, de esta «reedición actualizada» es un motivo de profunda satisfacción para todos los amantes de la teología. En este sentido no conviene olvidar que el libro está traducido, además de al castellano, al alemán, al italiano y al luso. También es un dato interesante el hecho de que el pensamiento global de su autor esté teniendo una cordial y amplísima acogida en diversos países latinoamericanos, como, p. e., Colombia y, muy especialmente, Brasil. Desde aquí nuestra más sincera enhorabuena.—PEDRO FERNÁNDEZ CASTELAO.

## TEOLOGÍA ESPIRITUAL

ARNÁIZ BARÓN, FRÈRE RAPHAËL, *Écrits spirituels* (Cerf, Paris 2008), 436p., ISBN: 978-2-204-08322-5.

La prestigiosa editorial *Cerf* en su colección *La Intimidación del cristianismo* ha tenido el acierto de publicar la traducción del castellano al francés de los *Escritos Espirituales* del Hermano Rafael (1911-1936). En esta colección se han publicado, entre otras, la correspondencia del padre de Santa Teresa de Lisieux, las notas y los cuadernos espirituales de Henri Irénée Marrou y Jean Danielou.

La santidad del joven trapense castellano, amén de ser reconocida públicamente con motivo de su beatificación el 27 de septiembre de 1992 por el papa Juan Pablo II,